

La casa herida

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Das zerbrochene Haus. Eine Jugend in Deutschland*

En cubierta: fotografía de © Catherine MacBride/Stocksy United

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Schöffling & Co. Verlagsbuchhandlung GmbH, 2019

Originally published in 1966 by Rütten & Loening,

Munich/Hoffmann und Campe Verlag, Hamburg

Published by arrangement with

Casanovas & Lynch Literary Agency, S. L.

© De la traducción, Virginia Maza

© Ediciones Siruela, S. A., 2021

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

Fax: + 34 91 355 22 01

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

ISBN: 978-84-18708-65-7

Depósito legal: M-10.070-2021

Impreso en Gráficas Dehon

*Printed and made in Spain*

Papel 100% procedente de bosques bien gestionados  
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Horst Krüger

**La casa herida**

Con epílogo de Martin Mosebach

Traducción del alemán de  
Virginia Maza

 Siruela

Nuevos Tiempos

## Índice

Un lugar como Eichkamp	11
Una misa de difuntos por Ursula	53
Mi amigo Wanja	92
El arresto	126
1945. La hora cero	158
El día del juicio	192
Epílogo. Diez años después	235
MARTIN MOSEBACH	
«La casa herida»	
Con motivo del centenario de Horst Krüger	245
Notas de la traductora	261

«La verdad no puede escribirse sino en lucha contra la mentira ni puede ser genérica, elevada ni ambigua. De tal especie, esto es, genérica, elevada y ambigua, es precisamente la mentira».

BERTOLT BRECHT

## Un lugar como Eichkamp

Berlín es un mar infinito de edificios en el que desemboca sin cesar un torrente de aviones. Es un desierto de piedra vasto y gris que me conmueve cada vez que vuelo a su encuentro: Magdeburgo, Dessau, Brandeburgo, Potsdam, Zoo. Están construyendo nuevas autopistas urbanas y líneas de metro rápidas, ingeniando intercambiadores viales sofisticados y erigiendo audaces torres de televisión. Todo eso es el nuevo y moderno Berlín, el carrusel técnico de la ciudad-isla que gira impulsado desde dentro por el humor áspero y lacónico de sus habitantes y alimentado por el capital desde fuera. Qué espléndido y radiante es ese nuevo Berlín, aunque yo no me siento en casa hasta que no estoy en el suburbano que traquetea por el Oeste, prácticamente vacío a estas horas y con el aire raído de la RDA. Este es mi Berlín, el trauma de mi infancia que suena atronador de fondo, un juguete destartado de hojalata que, con su golpeteo rápido e insistente, parece decir: «Estás aquí, estás aquí de verdad, siempre ha

sido así y siempre lo será». Berlín es un banco de madera amarillo, reluciente y duro; una ventana sucia con gotas reseca de lluvia, y un vagón con el olor indescriptible del Reichsbahn, una mezcla de humo estancado, de hierro y de cuerpos de trabajadores que vienen de Spandau, se han echado un bocadillo con margarina entre pecho y espalda, se confirmaron a los catorce y desde entonces leen el *Morgenpost* a diario. Berlín es todo eso y, también, una máquina expendedora en el andén que entrega caramelos de menta —blancos y verdes, envueltos en papel plateado— por diez peniques. Es el sonido seco de las puertas eléctricas al cerrarse y el aviso en la estación de Westkreuz: «¡Quédense atrás!». Aunque el grito ya no asusta a nadie ni nadie tiene que quedarse atrás, el aviso continúa, lo mismo que el hombre con la señal y el arranque inesperado del tren. Berlín es un billete de viaje amarillo y gastado de cincuenta peniques. Incluso ahora, se puede ir desde Spandau hasta la capital de la República Democrática de Alemania por cincuenta peniques.

Voy en el suburbano rumbo a Eichkamp. Tengo claro que Eichkamp no es lo que hoy se tiene por «tema de actualidad» para un artículo. Los reportajes sobre Berlín están muy demandados, «¿Por qué no prepara algo sobre el Muro o sobre la nueva Filarmónica?», «Escriba sobre el Centro de Congresos o sobre el mercadillo de Navidad»... Asuntos así siempre son bien recibidos, pero ¿Eichkamp? ¿Eso qué es? ¿Para qué? Eichkamp no

aparece en ningún catálogo de atracciones turísticas de Berlín; no pasarán por allí ningún rey tribal africano ni ningún estadounidense que haya cruzado el charco para dejarse seducir por Kurfürstendamm y escandalizar por el Muro. En el fondo, Eichkamp no es más que una población pequeña e irrelevante entre Neu-Westend y Grunewald, que no se diferencia en nada de todas las zonas residenciales que llenan las afueras de la gran ciudad, allí donde el mar de edificios se disuelve poco a poco en el verde y el campo. A decir verdad, Eichkamp tan solo es un recuerdo para mí. Es el lugar adonde fui niño. Allí crecí, en esas calles jugué a las canicas y a la rayuela, allí fui al colegio y volvía a comer y a dormir cuando estaba en la universidad. Eichkamp es, sencillamente, mi hogar, y yo —este extraño— quiero volver a verlo después de más de veinte años.

Regreso convertido en ciudadano de la República Federal. Hoy he dejado al otro lado mi trabajo, mi automóvil y mi mundo. Regreso solo, y no lo hago porque me resulte conmovedor y hermoso rastrear los pasos de mi infancia siendo adulto. Detesto la nostalgia de los hombres que, al envejecer, anhelan refugiarse en sus primeros años; qué obscenos los ancianos que pasan el rato en parques infantiles con el corazón desbocado, como si fueran a descubrir allí paraísos que los acojan. Eichkamp no fue para mí ningún paraíso, ni mi niñez, un sueño acogedor. Eichkamp solamente fue el lugar donde crecí en tiempo

de Hitler y quiero volver a verlo para hacerme por fin idea de cómo eran las cosas con él. Ya ha pasado más de una generación. Todo lo que era el Tercer Reich —las marchas de antorchas en Unter den Linden, los gritos de júbilo por la radio y el éxtasis por la renovación— ha pasado, ha quedado atrás y olvidado. También quedaron olvidados hace mucho los cupones para el pan, las bombas sobre Eichkamp y los hombres de la Gestapo que llegaban a veces del centro de la ciudad en coches negros. Creo que ahora sería preciso entenderlo de una vez. Nos separa prácticamente una vida entera, el éxtasis y la depresión se han ido apagando y todo se ha vuelto nuevo y diferente. Soy ciudadano de la República Federal, vengo del Oeste y estoy yendo a Eichkamp porque me atormenta la pregunta de cómo fue realmente aquello que hoy no alcanzamos a concebir. Ahora, eso creo, sería preciso entenderlo.

Algunas noches, los sueños me llevan de vuelta a Eichkamp. Son sueños pesados y angustiosos, de los que amanezco hecho trizas a eso de las seis. Treinta años es mucho tiempo, el tiempo de una generación, tiempo para olvidar. ¿Por qué no puedo olvidar?

Esto es lo que sueño: llego a Eichkamp y estoy a las puertas de nuestra casa. Unas grietas enormes recorren las paredes y se ven los daños causados por las bombas de fuel. Es una casita adosada de dos plantas en las afueras de Berlín, un edificio de construcción barata y rápida

de los años veinte. Han hecho una reparación precaria, con puertas y ventanas que no cierran y suelos astillados de madera. Mi madre está en el gabinete, leyéndole un libro a mi padre. Es una habitación pequeña, de techos bajos y amueblada con ese estilo indescriptiblemente inarmónico que en la época se consideraba burgués, esto es: baratijas de grandes almacenes ennoblecidas con herencias de los viejos y buenos tiempos. Una mesa redonda con mantel de encaje, una lámpara de pie con pantalla de cartón y un escritorio barato de madera de pino con herraje de latón. Al fondo de la habitación, hay colgada una araña exageradamente grande y con largos abalorios de cristal: herencia de Buckow. Un armario enorme de roble ocupa prácticamente la tercera parte de la habitación: herencia de Stralau —nuestro armario barroco, le decíamos en casa—. Mi padre está sentado con apatía en el escritorio lacado en negro. Como siempre, tiene delante una pila de documentos y, como siempre, se está rascando la *herida* de la cabeza: Verdún, 1916. Mi madre se ha acomodado tras la mesa redonda, en una butaca tapizada de tela y con lamparones —nuestro butacón, le decíamos—. La luz de la lámpara cae con suavidad sobre el libro. Sus manos son finas y con unos dedos largos y delicados que se deslizan nerviosos sobre los renglones. Tiene ojos católicos: oscuros, devotos, penetrantes y saltones. Su voz suena a prédica. El libro que está leyendo se titula *Mi lucha*. Estamos a finales de verano de 1933.

No, mis padres nunca fueron nazis. Es por eso por lo que la escena me desconcierta tanto. Leyeron el libro del nuevo canciller del Reich con los ojos como platos, perplejos igual que niños. Lo leyeron expectantes e inquietos: aquellas páginas debían de contener una esperanza colosal para Alemania. Aparte de ese, no tenían más libros que la guía de direcciones del Gran Berlín, la Biblia y, por supuesto, *Jettchen Gebert*. Tampoco oían otra cosa que a Paul Lincke —*Frau Luna*, por ejemplo—, *El murciélago* en el Admiralspalast por Navidad, algún que otro concierto radiofónico a petición de los oyentes y la obertura de *Donna Diana* como el sumun<sup>1</sup>. Mis padres eran *apolíticos* de forma conmovedora, como casi todos los habitantes de Eichkamp por entonces. En los doce años de gobierno de Hitler, nunca me topé con un auténtico nazi en Eichkamp. Eso es lo que me hace regresar. Todo eran familias burguesas, laboriosas y de bien, estrechas de miras y algo cortas de entendimiento; pequeños burgueses que arrastraban los horrores de la guerra y el miedo a la inflación. Lo que querían era vivir tranquilos por fin. Se mudaron a Eichkamp a comienzos de los años veinte porque era una isla nueva y verde. Allí había pinos en los jardines y solo quedaba a un cuarto de hora del lago Teufelssee, para que se bañaran los niños. Querían tener un pequeño huerto y regar el césped el fin de semana. Casi olía a campo. Mientras, en la ciudad, se agitaban los dorados y desenfundados años veinte, se bai-

laba el charlestón y sonaban los primeros pasos de claqué. Brecht y Einstein arrancaban su desfile triunfal. Los periódicos informaban de peleas callejeras en Wedding y de barricadas a las puertas de la casa sindical. Sin embargo, a nosotros todo eso nos resultaba lejano, como si nos separaran siglos. Eran unos desórdenes tan detestables como incomprensibles. En Eichkamp aprendí desde muy temprano que un alemán decente nunca entra en política.

Qué sensación tan extraña la de llegar en tren a la estación de Eichkamp. Guardar en la memoria, olvidar y recordar de nuevo, los tiempos se metamorfosean: ¿eso qué es? Lo que está pasando no es nuevo, lo que estás haciendo ya lo has hecho y siempre ha sido igual. Levántate del banco amarillo y reluciente, coge tus cosas de la redecilla, ábrete paso entre desconocidos, agarra la manija de latón y presiona con el pulgar, gira despacio hacia la derecha, tira y abre. Un arranque de valor. Mientras el tren corre a toda velocidad junto al andén, te asomas y notas el viento en la cara, y, cuando la velocidad aminora, sientes la deliciosa tentación de bajar de un salto. Sé que está prohibido, lo pone en la puerta. Ya estaba prohibido con Hitler, pero ahora me invade otra vez el impulso que tan irresistible me resultaba cuando era un estudiante de

secundaria: si se salta en el momento adecuado y los pies consiguen absorber la fuerza centrífuga del cuerpo, terminas directamente en lo alto de las escaleras y llegas el primero a la barrera, sales el primero y eres el primero en estar en la explanada verde de fuera y en el sendero que conduce al pueblo.

Los demás van por detrás, a distancia y sin prisas. Hay un par de caballeros con maletines —inspectores, empleados y funcionarios— y unas ancianas con vestidos de flores que han estado de compras en Charlottenburg o Zoo y regresan a casa tan cansadas que apenas se tienen en pie; también llegan muchachas de visita a casa de su tía, y jóvenes con botas de fútbol bajo el brazo que doblan a la derecha para ir hacia las pistas deportivas. Antes, algunos llevaban camisetas de color azul. Eran jóvenes judíos que acudían al campo deportivo sionista de Eichkamp.

¿Qué es el tiempo? ¿Qué es el recuerdo? ¿Cómo puedes estar haciendo otra vez todo esto, igual que si tuvieras catorce años? Cuatro cursos en la escuela primaria de Eichkamp y nueve en el instituto de Grunewald; nueve años saltando del suburbano en marcha todos los días y viendo aparecer la cruz gamada sobre Eichkamp en uno de ellos, viendo el escepticismo al principio y el entusiasmo después porque las cosas volvían a irnos bien. Los Katzenstein, los Schick y los Wittkowski se habían marchado. La verdad era que no se notaba. Ellos eran los

buenos de nuestros judíos; los malos vivían por la zona de Alexanderplatz.

En Eichkamp, todos teníamos al menos a un buen judío. Mi madre, por ejemplo, prefería a los médicos judíos. «Son muy sensibles», nos decía. En aquella época, Arnold Zweig vivía en Eichkamp. Su casa tenía un moderno tejado plano, contrario al carácter alemán, que hubo que convertir a dos aguas al poco de su huida. Ludwig Marcuse vivía a tres casas de nosotros y también huyó en 1933. No se notaba nada. En la casa de al lado, vivía Elisabeth Langgässer. A veces venía a visitarnos para escuchar la emisora de Beromünster. Siempre decía que Hitler iba a estar *finiquitado* en tres o cuatro meses. Estuvo convencida durante doce años y se mantuvo en sus convicciones hasta el final.

Llegaron las cartillas de racionamiento. 1 de septiembre de 1939: Estoy a las puertas del economato y, de buenas a primeras, ya no puedo comprar lo que me ha encargado mi madre. La mantequilla está racionada y hacen falta cupones para el pan. La gente de Eichkamp tiene un humor de perros. «¿No está pasando lo mismo que en el diecisiete?». Más tarde, los primeros aviones. Estoy en el jardín y oigo tres motores ingleses rugiendo por los aires. Langgässer se acerca a la valla. Es bajita y regordeta, lleva unas enormes gafas de concha y maquillaje extravagante. Cuando pasa por nuestra calle, los niños le gritan: «¡Que viene la caja de pinturas! ¡Que

viene la caja de pinturas!». Entornando los ojos de miope, me dice: «Ahí tienes a nuestros libertadores, Horst» y mira hacia el cielo con desconfianza. Al tiempo, fue el turno de los grandes bombardeos y después el de los rusos, que aquí también dispararon, también destruyeron casas y también fueron a por las mujeres, «¡Mujer, ven aquí!». ¿Merecía Eichkamp algo así? Tras los rusos, vinieron los ingleses y los años del hambre, las casas parcheadas, el esplendor del mercado negro, la reforma monetaria y el bloqueo. Y, entonces, la ciudad volvió a remontar lentamente.

Me resulta extraño que Eichkamp vuelva a estar como antes. Es como si apenas hubiera pasado nada, como si todo aquello no hubiera sido más que una espantosa alucinación, una pesadilla, un error de la historia. Y un error que se reparó hace ya mucho. Ahí siguen las viejas casas adosadas, con un par de chalés asomando entre ellas. Las viejas casas son altas y estrechas, tienen las paredes recubiertas de mortero amarillento y parras silvestres. En los jardines, los jardines de Eichkamp (¿acaso esto sigue siendo Berlín?), huele a jazmín y la lila vuelve a florecer en pesados racimos violetas y blancos. Los gladiolos se yerguen derechos como velas en sus macizos y, a su lado, crecen fresas y cebollas, eneldo para la cocina, lechugas, colinabo, col lombarda y perifollo, con pinos al fondo, pinos de Brandeburgo de troncos altos, finos y cimbreantes. También está la torre de la radio y los tilos

en flor. «Es inmortal el aroma de los tilos»<sup>2</sup>. ¿No fue en Eichkamp donde lo leí por primera vez?

Estoy a punto de ponerme sentimental. Por supuesto..., voy de camino a casa. Y, como ocurre siempre que regresas a casa después de décadas de ausencia, todo se hace más pequeño, las casas, los jardines, las calles... ¿Cómo podíamos vivir tras unas ventanas tan diminutas? Schmiedt el carnicero sigue vendiendo salchichas y carne picada, ya debe de ser un anciano. El panadero Labude también está o, por lo menos, allí continúa la panadería donde por cinco peniques compraba caracolas, unos panecillos dulces en forma de espiral, y pastelitos Bienens-tich en fin de semana, cuatro por diez peniques, para me-rendar el domingo.

Recorro el mismo camino que entonces: Fliederweg, Lärchenweg, Buchenweg, Kiefernweg, Vogelherd, Im Eichkamp. Son todas callecitas estrechas y agradables que continúan sin acera, iluminadas con faroles de gas y flanqueadas por casas diminutas con jardincillos, ventan- nas anticuadas y persianas de color verde detrás de las que gente honrada y de bien cuida de su profesión, de su ne- gocio o de su oficina. Eichkamp era el mundo de los bue- nos alemanes. Su horizonte solamente se extendía hasta Zoo y Grunewald, Spandau y el lago Teufelssee..., nun- ca más allá. Eichkamp era un pequeño universo de color verde. ¿Qué podría querer Hitler de este sitio? Aquí solo se votaba a Hindenburg y a Hugenberg.